

1. "Que todas mis intenciones acciones y operaciones, sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de tu divina majestad".
2. "Que nuestra voz, Señor, nuestro espíritu y toda nuestra vida, sean una continua alabanza en tu honor; y, pues toda nuestra existencia es puro don de tu liberalidad, que también cada una de nuestras acciones te esté plenamente dedicada".
3. "Oh Espíritu Santo, amor del Padre y del Hijo, establece tu morada en mi corazón, y levanta siempre hacia lo alto, como llamaradas ardientes, mis pensamientos y mis afectos, hasta el seno del Padre, para que mi vida entera sea un Gloria Patri, et Filio et Spiritui Santo.

Dice Pascal: "No conozco más que dos tipos de personas a las que podemos llamar razonables: las que no conocen a Dios pero lo buscan con todas sus fuerzas, y las que le conocen y le aman con todas sus fuerzas".

Nosotros queremos ser de estos segundos: amarle con todas las fuerzas. **El Señor nos pide a todos recorrer el CAMINO DEL AMOR**, que es el que han recorrido los santos. Pero existen, como veremos, diversas intensidades en el amor.

Los santos han vivido la totalidad en la entrega, amando a Dios con todo su corazón y sus fuerzas. En esto, la Virgen María es sin comparación, el mejor ejemplo, y la mejor maestra:

María ama a Dios sin cálculos, sin mediocridades, sin condiciones: "¡He aquí la esclava!", que es como decirle: «Te doy todo Dios mío. Todo lo que quieras. Mi vida entera, mi cuerpo, mi alma, mi corazón. Soy tuya, tu esclava, tu sierva, tu esposa. Te pertenezco. Todo cuanto soy y tengo, es tuyo. Aquí me tienes a tu disposición. Para lo que quieras»

Pero podemos hacernos otra pregunta: **¿SE PUEDE MANDAR EL AMOR?**¹ Jesús, ¿es egoísta por mandarnos cumplir su voluntad?

"Sea el Señor tu delicia, y Él te dará lo que pide tu corazón" (Sal 36, 4). Lo hace porque en Él (en Su Voluntad) está todo nuestro bien. Si le amamos nuestro pequeño corazón encontrará toda la felicidad que sueña. Si pones tu delicia en el dinero, el poder, el placer, el prestigio, nada de eso te dará lo que pide tu corazón. En cambio, si pones tu delicia en Dios, Él sí te dará lo que pide tu corazón.



"Abrázame fuerte", me dice Jesús (abrazo mi voluntad) y quedarás curado. Es como un médico prodigioso que cura a todos los que, sencillamente se acerquen a Él y lo abracen. Si un hijo suyo tuviese la desgracia de tener un tumor maligno, no le diría con fuerza: ven, hijo, abrázame fuerte... Así hace Dios con nosotros, que somos sus hijos. Cuanto más fuerte le abrazo y le quiero, más feliz soy, mejor quedo curado.

"Cuando me amas, te purificas" (Jesús a G. Bossis, 102)

AMARLE CON TODO EL CORAZÓN ES VIVIR SOLO PARA SU GLORIA. Y esto requiere:

1. **Total pureza de intención y de corazón. Agradarle en todo (saber mirarle)**
2. **El don de la confianza y del abandono en Él (Indiferencia ignaciana)**
3. **Total olvido de sí: Guerra al amor propio**

Nos centramos hoy en el primer punto: **La pureza de corazón.**

Ya sabemos que para amar a Dios es necesario orientar hacia Él con amor y constancia todos los actos de nuestra vida (tema anterior). Pero es necesaria además la pureza de intención, que es pureza de corazón, y consiste en ofrecerlo todo, sí, pero buscando sólo la gloria de Dios. Es garantizar el amar a Dios por Él mismo, buscando sólo y siempre su gloria, excluyendo cualquier atisbo de amor propio (vanidad, comodidad, sentimentalismo). Por lo tanto un amor así requiere:

1º. Buscar agradar en todo a Dios

Dice San Juan de la Cruz: "El verdadero amante está contento cuando todo lo que es en sí y vale y tiene y recibe, lo emplea en el amado, y cuanto más ello es, tanto más gusto recibe en darlo" (Llama III, 1).

Buscar complacer al que amamos. "Ganar a Jesús por el corazón", que diría Santa Teresa del Niño Jesús.

No se trata tanto de buscar ser perfecto, de alcanzar la santidad, de conseguir virtudes o regalos de Dios... cuando de **complacer a Dios**, agradar a Jesús en todo y siempre.

El Señor tampoco ha estado ausente en la historia sucesiva de la Iglesia: siempre viene a nuestro encuentro a través de los hombres en los que Él se refleja; mediante su Palabra, en los Sacramentos, especialmente la Eucaristía. En la liturgia de la Iglesia, en su oración, en la comunidad viva de los creyentes, experimentamos el amor de Dios, percibimos su presencia y, de este modo, aprendemos también a reconocerla en nuestra vida cotidiana. Él nos ha amado primero y sigue amándonos primero; por eso, nosotros podemos corresponder también con el amor. Dios no nos impone un sentimiento que no podamos suscitar en nosotros mismos. Él nos ama y nos hace ver y experimentar su amor, y de este «antes» de Dios puede nacer también en nosotros el amor como respuesta. (Benedicto XVI DCE, 16.17)

¹ ¿Es realmente posible amar a Dios aunque no se le vea? Y, por otro lado: ¿Se puede mandar el amor? En estas preguntas se manifiestan dos objeciones contra el doble mandamiento del amor. Nadie ha visto a Dios jamás, ¿cómo podremos amarlo? Y además, el amor no se puede mandar; a fin de cuentas es un sentimiento que puede tenerse o no, pero que no puede ser creado por la voluntad. (...) Dios no es del todo invisible para nosotros, no ha quedado fuera de nuestro alcance. Dios nos ha amado primero, dice la citada Carta de Juan (cf. 4, 10), y este amor de Dios ha aparecido entre nosotros, se ha hecho visible, pues «Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él» (1 Jn 4, 9). Dios se ha hecho visible: en Jesús podemos ver al Padre (cf. Jn 14, 9). De hecho, Dios es visible de muchas maneras. En la historia de amor que nos narra la Biblia, Él sale a nuestro encuentro, trata de atraernos, llegando hasta la Última Cena, hasta el Corazón traspasado en la cruz, hasta las apariciones del Resucitado y las grandes obras mediante las que Él, por la acción de los Apóstoles, ha guiado el caminar de la Iglesia naciente.

Y ello por medios muy sencillos que a los santos les ha dado muy buen resultado. "Arrojar a Jesús las flores de los pequeños sacrificios, ganarle a base de caricias. Así le he ganado yo" (Sta. Teresita).

Actuar SOLO para agradar a Dios. Lo demás son consecuencias... Por tanto, en mi vida espiritual, directamente no debo buscar desarrollar mis cualidades, ni santificar los valores terrenos (cultura, técnica, medios de difusión...), si no consta la voluntad de Dios. Ni siquiera salvar las almas, incluso la mía propia. Todo esto se producirá como consecuencia, si cumplo el fin de la vida: Vivir para la gloria de Dios, asemejándome lo mejor que pueda a Cristo en el cumplimiento fiel y amoroso de la voluntad del Padre. «La vida, si no es para parecerse a Cristo, no es buena» (San Juan de la Cruz).

Igualmente el fin tampoco es hacer lo que a mí me parece lo más perfecto, o lo más costoso, o lo que más me gusta... Yo SOLO debo querer hacer la que ÉL quiere, lo que ÉL me pida, me guste o no me guste a mí, me cueste o no me cueste...

Jesús en su vida nunca hizo nada "porque" le gustase. Todo lo hacía para agradar a su Padre, para darle gloria.

2º. ¿Cómo saber lo que a Jesús le agrada? Saber mirarle (cf. Mi Doctorcito)

Ahora bien, si para amar a Dios totalmente debemos hacer lo que le agrada, ¿Cómo puedo conocer bien lo que le gusta, lo que le agrada?

Lo primero es saber que hay distintas intensidades en el amor. Limitarnos a "cumplir" su voluntad de cualquier manera es exponernos a quedarnos en un nivel de amor muy pobre. Pero podemos cumplirla intentando agradarle en todo... Es entonces cuando le amaremos con amor muy grande y muy puro.

Imaginemos que una esposa le dijese a su marido: "Soy una buena esposa, porque hago la comida, atiendo la casa, lavo tu ropa..." El marido podría quejarse, con razón: "¡Oye, que yo tengo derecho a esperar algo más de ti! Porque eso que me dices también puede hacerlo la asistenta. Pero tú eres mi esposa, y quiero tener contigo una unión de amor, no sólo de mero cumplimiento".

Para agradar a Dios en todo debemos, por consiguiente, saber mirarle a los ojos, entender lo que siente y desea su Corazón. Es lo que dice San Juan de la Cruz: "Como quien abre los ojos con advertencia de amor" (Llama III, 33).

Y Santa Teresa decía a sus carmelitas: "No os pido más de que le miréis". Porque los que se aman tienden a mirarse.

Y de la experiencia de Santa Teresa del Niño Jesús se deduce lo siguiente:

- Exhortaba a mirar a los ojos a Jesús para conocer (adivinar) su pensamiento, su voluntad. "Comprendamos su mirada. Miremos siempre a Dios. Busquemos siempre sus ojos, veamos en ellos lo que quiere"
- La causa de que le miremos poco es el amor propio. El amor propio vuelve egoísta el alma: hace que nos miremos a nosotros mismos (gustos, preferencias, intereses...) y no a Él
- Por eso, esta "mirada" a Dios requiere mucha pureza interior: yo quiero ser fiel por Él, por su gloria. Por NADA más. Esa es mi gran motivación, y no otra (ser santo, ser perfecto, ganar el cielo, salvar almas...) «Yo le decía un día: "Si yo fuese infiel a la gracia, ¡ya no iría derecha al cielo!". Me respondió: "¡Oh, no es eso!, es el buen Dios quien perdería amor» (Proceso)
- Si no miramos, no sabemos, damos palos de ciego. Podemos, aun con buena intención, hacerle sufrir en vez de consolarle. Si no le miramos nos puede ocurrir lo que a Sor María del Sagrado

Corazón con su hermana carnal: "Cuando sor María del Sagrado Corazón fue procuradora me hizo hacer muchas mortificaciones, queriéndola ayudar. Me quería tanto que yo parecía su niña mimada; pero en estos casos la mortificación era mucho mayor todavía. Me cuidaba según sus gustos, completamente opuestos a los míos..." (Ult. Conv.). P. ej. Llenaba de mantas a la Santa cuando tenía frío, aunque estuviese bañada de sudor por la fiebre. O abría la ventana pensando que tenía calor, estando ella helada de frío. Y todo esto porque no miraba lo que Santa Teresita vivía y sentía.

Una vez bajaba Sta. Teresa de Calcuta la escalera con un niño en brazos, levantó la mirada donde había un cuadro de Jesús crucificado. Miró el cuadro e instintivamente apretó al niño contra su corazón. ¡Ese niño era su Jesús! Miró el cuadro, pero ella le estaba mirando permanentemente en su corazón. Vivía pendiente de Él. Vive con la atención siempre puesta en Él. Su Esposo le importa infinitamente más que el trabajo. Le preocupa ser un lápiz muy dócil en manos de Dios. Tenía miedo de hacer su obra. Y Jesús le dijo un día a Santa Faustina: "Deseo que la mirada de tu alma esté siempre clavada en mi santa voluntad"

Vivir esta pureza de corazón nos convierte en hostia de alabanza que se eleva en medio del estrépito de pasiones que agitan al mundo. Y nuestra vida de bautizados se hace himno incesante de puro amor a la gloria de la Trinidad, con un único ideal: vivir de amor para morir de amor y eternizarse en Dios en el amor.

Es la gran enseñanza del evangelio: la santidad es amor. Ni penitencias, ni austeridades, ni éxtasis, ni siquiera el martirio... si no lo anima el amor.

Aquí está el secreto de los santos, y el de la Familia de Nazaret: la vida más divina bajo las apariencias más vulgares. La grandeza de una vida y de una muerte se mide por el amor. «En el atardecer de la vida seremos juzgados sobre el amor» (Santa Isabel de la Trinidad).

3º. Ejemplos de amor extremo

El de la **Virgen María**, en primer lugar: "Aquí la esclava del Señor".

- Santa **Teresa de Calcuta** hizo un voto de no negarle nada a Dios. Eso explica su locura de amor: "Soy suya, solo suya. El resto no me afecta". "No deseo que pase ni un minuto sin que todo mi ser le pertenezca". "Él me puede usar como le plazca. La única alegría que busco es agradecerle a Él".
- Y a un sacerdote le recomendaba: "Aparte sus ojos de usted mismo y alégrese de no ser nada, de no tener nada, de no poder hacer nada. Dele a Jesús una gran sonrisa cada vez que su nada le asuste". "Usted le pertenece a Él; dígame: yo soy Tuyo y si me cortas en pedazos, cada pedacito será sólo Tuyo".
- Igualmente Santa **Faustina**: Puedes hacer conmigo lo que te agrade. "Siempre estoy atenta a lo que es más agradable a Jesús". "El más pequeño deseo Tuyo, Oh Señor, me es más querido que el cielo con todos sus tesoros". "La fiel sumisión a su voluntad tiene más valor que todos los ayunos, mortificaciones y las más severas penitencias". "De por mí no quisiera morir ni un minuto antes, ni tampoco vivir ni un minuto más, ni que disminuyan los sufrimientos ni que aumenten, sino que deseo solamente lo que sea conforme a Tu santa voluntad". "Yo Te amaré siempre porque soy Tuya. Me da igual si me dejas aquí o en otra parte, soy siempre Tuya".
- Y Santa **Teresa de Jesús**: "Vuestra soy, para vos nací, ¿Qué mandáis hacer de mí?". "Esta fuerza tiene el amor, si es perfecto, que olvidamos nuestro contento por contentar a quien amamos". "Quered Vos de mí lo que quisiéredes querer; que eso quiero, pues está todo mi bien en contentaros".

1. Ejercicio de ORACIÓN para la semana

Te recuerdo el esquema-guía para tu oración diaria. Ya sabes que es muy importante que garantices la soledad y el silencio en un lugar adecuado

1. **Ponte en presencia de Dios.** Consiste básicamente en un acto de fe en que Dios está a tu lado, dentro de ti. Si estás en una Iglesia o capilla, mira al sagrario y adora en él su presencia.
2. **Ofrecimiento de obras** (Puedes hacer las oraciones del Oracional p. 18). Añade la Oración preparatoria (la nº 1 del primer recuadro de la hoja azul)
3. **Invoca también al Espíritu Santo** (Oracional p. 56-62), sin Él no podemos ni pronunciar el Nombre de Jesús.
4. **Súplica filial a la Virgen María.** Acude a la Madre con gran confianza. Reza, saboreándola, la oración del Ángelus. (Oracional p. 19)
5. **Petición.** Es como el fruto que quiero recibir de la oración. Normalmente coincide con el Tema de la semana. Pide esta semana la **pureza de corazón**. Haz la oración 3 al **Espíritu Santo** del primer recuadro de la hoja azul.
6. **Lectura del texto que quiero meditar.** Son los textos que se te ofrecen para cada día de la semana. Sírvelte de ellos con libertad, en la medida que sean necesarios. También puedes detenerte en el mismo varios días.
7. **Coloquio.** No debe faltar nunca un coloquio íntimo de corazón a corazón con el Señor y con la Virgen, sobre lo meditado. Se trata de una conversación íntima, cariñosa, muy personal.

¡RECUERDA! En la oración de RECOGIMIENTO es fundamental cortar con el mundo sensible. "Apagar" los sentidos exteriores para poder conectar con "Dios". Ejercítate mucho en esto, sin cansarte por las distracciones.

El silencio de los sentidos te facilitará el de imaginación, y poco a poco irás consiguiendo el "Silencio del corazón" que es una gran conquista a la que debes aspirar.

El silencio de corazón es el más misterioso, porque podemos decidir no hablar y callar, podemos cerrar los ojos para no ver nada, pero sobre el corazón nuestro dominio es menor. Arde en él un fuego en el que las pasiones, la ira, el rencor y la violencia son difícilmente controlables. En el corazón desembocan torrentes incontrolables y al hombre le resulta muy difícil recobrar el silencio interior. El silencio del corazón consiste en acallar poco a poco nuestros miserables sentimientos humanos para hacernos capaces de tener los mismos sentimientos de Jesús. El silencio del corazón es el silencio de las pasiones. Hay que morir a uno mismo para unirse en silencio al Hijo de Dios. Buscad, dice san Pablo, «no el propio interés, sino el de los demás. Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús» (Flp 2, 4-5).

Para esta semana, medita, al menos los dos primeros días, los textos del Tema (hoja azul). Para el resto de la semana proponemos los 4 siguientes: (el último día debes hacer una repetición global)

Texto 1: "Os ruego por la misericordia de Dios que ofrezcáis vuestros cuerpos... (Rm 12, 1).

Os ruego que ofrezcáis vuestros cuerpos... El Apóstol, rogando de este modo, arrastró a todos los hombres hasta la cumbre sacerdotal: que ofrezcáis vuestros cuerpos como hostia viva.

¡Ah! inaudito oficio del pontificado cristiano, en el que el hombre es a la vez hostia y sacerdote, porque el hombre no busca fuera de sí lo que va a inmolar a Dios; porque el hombre, cuando está dispuesto a ofrecer sacrificios a Dios, aporta como ofrenda lo que es por sí mismo, en sí mismo y consigo mismo; porque permanece la misma hostia y permanece el mismo sacerdote; porque la víctima se inmola y continúa viviendo, el sacerdote que sacrifica no es capaz de matar. Admirable sacrificio, donde se ofrece un cuerpo sin cuerpo y sangre sin sangre.

Os ruego por la misericordia de Dios que ofrezcáis vuestros cuerpos como hostia viva. Hermanos, este sacrificio proviene del ejemplo de Cristo, que

inmoló vitalmente su cuerpo para la vida del mundo, y lo hizo en verdad hostia viva, ya que habiendo muerto vive. Por tanto, en tal víctima la muerte es aplastada, la hostia permanece, vive la hostia, la muerte es castigada. De aquí que los mártires por la muerte nacen, con el fin comienzan, por la matanza viven, y brillan en los cielos, mientras que en la tierra se consideraban extinguidos.

El Señor busca la fe, no la muerte; está sediento de deseos, no de sangre; se aplaca con la voluntad, no con la muerte. Lo demostró, cuando pidió a Abraham que le ofreciera a su hijo como víctima. Pues, ¿qué otra cosa sino su propio cuerpo inmolvaba Abraham en el hijo?, ¿qué otra cosa pedía Dios sino la fe al padre cuando ordenó que ofreciera al hijo, pero no le permitió matarlo? (San Pedro Crisólogo, *El sacrificio espiritual*. Sermón 108).

Texto 2: La pureza de corazón (San Francisco de Asís)

Francisco caminaba detrás de León a través del bosque. Pasaron pronto las cuestas de un barranco, en cuyo fondo bramaba un torrente. El lugar era retirado y de una belleza salvaje y pura. El agua saltaba sobre las rocas, blanquísima y exultante, con breves relámpagos azules... — ¡Hermana agua! —gritó Francisco, acercándose al torrente—. Tu pureza canta la inocencia de Dios.

Saltando de una roca a otra, León atravesó corriendo el torrente. Francisco le siguió. Tardó más tiempo. León, que le esperaba de pie en la otra orilla, miraba como corría el agua limpia con rapidez sobre la arena dorada entre las masas grises de rocas... Francisco le miró y vio tristeza en su rostro: —Tienes aire soñador—le dijo simplemente Francisco.

— ¡Ay si pudiéramos tener un poco de esta pureza—respondió León—, también nosotros conoceríamos la alegría loca y desbordante de nuestra hermana agua y su impulso irresistible!

Habla en sus palabras una profunda nostalgia, y León miraba melancólicamente el torrente, que no cesaba de huir en su pureza inaprensible. —Ven —le dijo Francisco, cogiéndole por el brazo.

Empezaron los dos otra vez a andar. Después de un momento de silencio, Francisco preguntó a León: — ¿Sabes tú, hermano, lo que es la pureza de corazón?

—Es no tener ninguna falta que reprocharse—contestó León sin dudarle.

—Entonces comprendo tu tristeza—dijo Francisco—, porque siempre hay algo que reprocharse.

Si —dijo León—, y eso es, precisamente lo que me hace desesperar de llegar algún día a la pureza de corazón.

— ¡Ah!, hermano León; créeme — contestó Francisco—, no te preocupes tanto de la pureza de tu alma. Vuelve tu mirada hacia Dios. Admírale. Alégrate de lo que Él es, Él, todo santidad. Dale gracias por Él mismo. Es eso mismo. Hermanito, tener puro el corazón. Y cuando te hayas vuelto así hacia Dios, no vuelvas más sobre ti mismo. No te preguntes en dónde estás con respecto a Dios. La tristeza de no ser perfecto y de encontrarse pecador es un sentimiento todavía humano, demasiado humano. Es preciso elevar tu mirada más alto, mucho más alto. Dios, la inmensidad de Dios y su inalterable esplendor. El corazón puro es el que no cesa de adorar al Señor vivo y verdadero. Toma un interés profundo en la vida misma de Dios y es capaz en medio de todas sus miserias, de vibrar con la eterna inocencia y la eterna alegría de Dios. Un corazón así está a la vez despojado y colmado. Le basta que Dios sea Dios. En eso mismo encuentra toda su paz, toda su alegría y Dios mismo es entonces su santidad.

—Sin embargo, Dios reclama nuestro esfuerzo y nuestra fidelidad, León.

—Es verdad — respondió Francisco —. Pero la santidad no es un cumplimiento de sí mismo, ni una plenitud que se da. Es, en primer lugar, un vacío que se descubre, y que se acepta, y que Dios viene a llenar en la medida en que uno se abre a su plenitud. Mira, nuestra nada, si se acepta, se hace el espacio en que Dios puede crear todavía. El Señor no se deja arrebatar su gloria por nadie. Él es el Señor, el Único. El Solo Santo. Pero coge al pobre por la mano, le saca de su barro y le hace sentar sobre los príncipes de su pueblo para que vea su gloria. Dios se hace entonces el azul de su alma. Contemplar la gloria de Dios, hermano León, descubrir que Dios es Dios, eternamente Dios, más allá de lo que somos o podemos llegar a ser, gozarse totalmente de lo que Él es.

— ¿Y cómo hay que hacer? —pregunto León.

—Es preciso simplemente no guardar nada de sí mismo. Barrerlo todo, aun esa percepción aguda de nuestra miseria; dejar sitio libre; aceptar el ser pobre; renunciar a todo lo que pesa, aun el peso de nuestras faltas; no ver más que la gloria del Señor y dejarse irradiar por ella. Dios es, eso basta. El corazón se hace entonces ligero, no se siente ya el mismo, como la alondra embriagada de espacio y de azul. Ha abandonado todo cuidado, toda inquietud. Su deseo de perfección se ha cambiado en un simple y puro querer a Dios.

León escuchaba gravemente, mientras andaba delante de su padre. Pero, a medida que avanzaba, sentía que su corazón se hacía ligero y que le invadía una gran paz... (Sabiduría de un Pobre. E. Leclerc).

Texto 3: Una alabanza de gloria es... (Sta. Isabel de la Trinidad)

Una Alabanza de gloria es un alma que **mora en Dios**, que le ama con amor puro y desinteresado, sin buscarse a sí misma en la dulzura del amor; que le ama independientemente de sus dones y le amaría, aunque nada hubiese recibido de Él; que sólo desea el bien del Objeto amado.

Pero ¿cómo desear y querer efectivamente el bien de Dios? ¡Cumpliendo su voluntad! pues ella dirige todas las cosas a su mayor gloria. Por lo tanto, esta alma debe entregarse tan plena y ciegamente al **cumplimiento de esa voluntad** divina que no pueda querer sino lo que Dios quiera.

Una Alabanza de gloria es un **alma silenciosa** que permanece como una lira bajo el toque misterioso del Espíritu Santo para que produzca en ella armonías divinas. El alma sabe que el sufrimiento es una cuerda que produce los más dulces sonidos. Por eso desea tenerla en su instrumento para conmovir más tiernamente el Corazón de su Dios.

Una Alabanza de gloria es un alma que **contempla permanentemente a Dios en la fe y en la simplicidad**. Es un reflejo del Ser de Dios. Es como un abismo sin fondo donde Él puede entrar y expansionarse. Es también como un cristal, a través del cual, Dios puede irradiar y contemplar sus propias perfecciones y su propio resplandor. Un alma que permite de este modo al Ser divino satisfacer en ella su necesidad de comunicar todo cuanto Él es y todo cuanto posee, es realmente la alabanza de gloria de todos sus dones.

Una Alabanza de gloria es, finalmente, un ser que **vive en estado permanente de acción de gracias**. Todos sus actos, movimientos, pensamientos y aspiraciones, al mismo tiempo que la arraigan más profundamente en el amor, son como un eco del Sanctus Eterno.

En el cielo de la gloria, los bienaventurados, día y noche proclaman sin cesar: "Santo, Santo, Santo, Señor Dios todopoderoso... Y se postran y adoran al que vive para siempre".

La Alabanza de gloria empieza ya a cumplir en el cielo de su alma el oficio que ha de ejercer en la eternidad. Su canto nunca se interrumpe porque vive bajo la acción del Espíritu Santo que actúa en ella. Aunque no tenga siempre conciencia de ello porque la débil naturaleza no le permite permanecer fija en Dios sin distracciones, **ella canta y adora constantemente**; vive por decirlo así, transformada en alabanza y amor, en un anhelo apasionado por la gloria de su Dios.

Seamos, en el cielo de nuestra alma, alabanzas de gloria a la Santísima Trinidad y alabanzas de amor a nuestra Madre Inmaculada. Un día, el velo caerá y seremos introducidas en los atrios eternos. Allí cantaremos en el seno del Amor infinito y Dios nos dará el "nombre nuevo prometido al vencedor". ¿Qué nombre será ese...? ¡Laudem gloriae! ¡Alabanza de gloria!

Texto 4: La gloria de Dios es el hombre que vive

La gloria de Dios es el hombre que vive, decía ya San Ireneo en el siglo II. Cuanto más abundante es la vida en el corazón del hombre, mayor es la gloria que Dios recibe. Por eso Jesús ha venido a dar gloria al Padre restaurando la imagen destruida que había en el hombre. "El ladrón no viene más que a robar, a matar y a destruir. En cambio, *yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia*" (Jn 10, 10).

"Gloria Dei, homo vivens". La gloria de Dios es el hombre que vive y en la medida en que vive. "El Seol no te alaba y la Muerte no te glorifica, ni los que bajan al pozo esperan en tu fidelidad. El que vive, el que vive, ese te alaba, como yo ahora". (Is 38, 18-19).

¿Y qué es vivir? Vivir es en pocas palabras la abundancia de los **frutos del Espíritu**. En ellos consiste la vida abundante de Jesús: "Amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí". (Gál 5, 22-23)

Para que podamos vivir así, **Jesús ha venido a curar nuestras heridas**, a romper nuestras cadenas, a ensanchar nuestro corazón, a llenarnos de su paz. La vida de Jesús comienza ahora; no es solamente para después de la muerte.

¿Cuánta gloria podríamos dar a Dios si consiguiésemos que la vida de los hombres fuese más abundante, si ejercitásemos todos los carismas del Espíritu para la vida de los hombres, curaciones físicas e interiores, ejercicio de las obras de misericordia, acciones concretas de justicia y reforma social...! "En esto consiste la gloria de mi Padre, en que deis mucho fruto" (Jn 15, 8).

En cambio, los que todavía están "bajo el poder de la carne", llevan una existencia que no puede llamarse vida. Eso no es vivir. Se levantan con amargura y mal sabor de boca maldiciendo el día en que nacieron. Son incapaces de dar un sentido global a su existencia porque no se poseen a sí mismos y están a merced de sus vaivenes emocionales. Son incapaces de establecer relaciones estables y permanentes, que son las únicas plenamente gratificantes. Su única manera de amar es compartir un egoísmo. No hay en ellos sinceridad, ni fidelidad, ni capacidad de compromiso. Son esclavos de sí mismos e incapaces de romper sus prisiones. Experimentan un enorme vacío interior y una división interna que les desgarran. Son atormentados por su culpabilidad que no son capaces de acallar. San Pablo describe así esa vida que no es vida: "*Las obras de la carne son conocidas: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordias, celos, iras, rencillas, divisiones, disensiones, envidias, embriagueces, orgías y cosas semejantes...*" (Gál 5, 19-21).

Si la gloria de Dios es el hombre que vive, Jesús ha venido para dar gloria al Padre, realizando la salvación del hombre. "Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar" (Jn 17,4). Cumplir nuestra vocación de salvar a los hombres, es la mejor manera de glorificar a Dios. La alabanza no es una actitud pasiva, intimista del individuo con su Dios. Alabar a Dios es restaurar su imagen dondequiera que se encuentre destruida.

El parálítico se volvió a su casa dando gloria a Dios (Lc 5,25). El ciego glorificaba a Dios y todos los que lo vieron alababan a Dios (Lc 18, 43). "Todos los discípulos empezaron a alegrarse y a alabar a Dios con fuerte voz por todas las grandes obras que habían visto" (Lc 19, 37) El samaritano leproso "al sentirse curado, se volvió alabando a Dios con grandes gritos" (Lc 17,15). El parálítico de la Puerta Hermosa, curado por Pedro y Juan, "de un salto se puso en pie y andaba. Entró con ellos en el Templo andando, saltando y alabando a Dios" (He 3,7-8).

2. Ejercicio de CARIDAD para esta semana

Muy importante: Reza repetidamente durante esta semana, intentando aprendértelas de memoria, las tres oraciones del inicio del tema. Te ayudará a amar mejor.

- En los trabajos apostólicos, en el cumplimiento de nuestras obligaciones, en nuestros planes de santificación personal... con frecuencia trabajamos mucho por Él, sí... pero sin Él (recuerda "lo único importante" de Marta y María). Cuidado con este desenfoque. Ofrece especialmente al Señor, para su gloria, lo que te exija la caridad en la convivencia: por ejemplo paciencia con los hijos, o con el cónyuge; con los compañeros de trabajo... Esfuérzate por estar siempre alegre, sonreír aunque cueste, no quejarte de nada.

3. Ejercicio de ABNEGACIÓN para esta semana

Esta semana pregúntate e intenta vivir en consecuencia:

- ¿Tengo el corazón libre para preferirle en todo a Él?
- En lo ordinario de cada día, ¿me esfuerzo por complacerle?
- ¿Deseo agradar a Dios en todo? ¿Pido esta gracia?
- Como ordinariamente sólo tengo las cosas pequeñas para demostrarle mi amor (mirada, parpadeo, palabras, caminar, trabajo, comida...), debo esforzarme en ello.
- Mi amor a Dios ¿es tierno y cuidadoso en lo concreto?
- En concreto, esfuérzate en vivir el Silencio de corazón.